

---

# ALGO MÁS SOBRE EL ARIELISMO PERUANO

## Respuesta a un artículo de Ricardo Portocarrero

Osmar Gonzales

---

EN EL NÚMERO 50 de la revista *Allpanchis Phuturinga* apareció un inteligente artículo de Ricardo Portocarrero titulado “¿Veto o fracaso? Apuntes sobre la intelectualidad peruana durante la República Aristocrática”<sup>1</sup> en el que, tomando como punto de partida la crítica que hace a un libro mío dedicado a los intelectuales arielistas peruanos<sup>2</sup>, expresa sus ideas respecto a ese gran tema que constituyen los intelectuales y hace referencia a nuestro país. No puedo dejar de agradecer su interés por mi libro, así como reconocer que existen muchos temas que necesitan ser investigados con mayor detenimiento<sup>3</sup>. En las siguientes páginas realizaré una serie de co-

<sup>1</sup> Ricardo Portocarrero Grados, “¿Veto o fracaso? Apuntes sobre la intelectualidad peruana durante la República Aristocrática”, en *Allpanchis Phuturinga*, año xxix, n. 50, 1997.

<sup>2</sup> Osmar Gonzales, *Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano*, Ed. Preal, Lima, 1996.

<sup>3</sup> Portocarrero menciona las tesis de Méndez, Estenssoro, Aljovín y Ricketts, a los cuales habría que agregar los trabajos de Pedro Planas. No obstante, recuerdo que mi libro fue concluido en marzo de 1992, aunque recién apareció cuatro años después, por lo que no he tenido acceso a los trabajos que él cita.

OSMAR GONZALES

mentarios a sus comentarios críticos para así mantener viva la buena costumbre del diálogo, más allá de puntos de vista distintos o, incluso, opuestos.

Antes de empezar mi respuesta sólo deseo aclarar algo respecto a mi estilo, el que, según Portocarrero, se distingue por su “característica moderación”. Pues bien, quizás sea cierto, pero me permito recordar que mi texto no es un libelo político, sino que pretende establecer algunas pautas analíticas para el entendimiento de los intelectuales arielistas en nuestro país. La labor del intelectual, hasta donde entiendo, no es exacerbar los sentidos, sino estimular el análisis. Como se puede observar, se trata de algo más que de estilo. Ubicándonos mejor en nuestros espacios y papeles será de mayor calidad nuestro diálogo.

DIVULGACIÓN DE UNOS CLÁSICOS

Una primera observación que presenta Portocarrero a mi texto es que continúo “cierta tendencia reivindicatoria y de divulgación” (p. 186) sin alcanzar un nivel de análisis un poco más elevado. Portocarrero tiene razón en decir que mi libro tiene un interés de reivindicación y de divulgación de la obra de un grupo de intelectuales que ha sido soslayada cuando se ha tratado de entender el proceso de las ideas políticas peruanas. Creí conveniente esta forma de estudiar a los arielistas por los siguientes motivos: no había estudios más o menos sistemáticos sobre el grupo generacional, aunque sí biografías de alguno —o algunos— de sus integrantes; ya se había acumulado suficiente material de autores que se pro-

Por otra parte, parece ser que Luis Gómez prepara un texto sobre el arielismo peruano, según puede deducirse de algunas afirmaciones que realiza comentando *Sanchos fracasados*, donde parece invitar al lector a esperar sus ideas, que se ubicarán entre la liquidación y la recuperación del arielismo, extremos en los que —sostiene— hemos caído algunos interesados en el tema (ver *Revista Andina*, año 14, n. 2, diciembre de 1996). Pero, más allá de cierto tono mesiánico, el texto de Gómez resulta interesante más por las preguntas que formula que por las ideas ofrecidas para la discusión.

## ALGO MÁS SOBRE EL ARIELISMO PERUANO

pusieron entender al arielismo peruano, aunque de manera parcial, en ese sentido, por lo que mi trabajo buscó ordenar toda esa información dispersa; finalmente, consideré pertinente cuestionar ciertos estereotipos sobre los intelectuales de principios de siglo, procurando ofrecer una visión alternativa que incidiera en los aspectos modernizantes de sus primeras reflexiones, a contracorriente de cierta imagen en la que prevalecían los rasgos más retrógrados, incluso con tintes fascistoides. No sé cuánto conseguí de lo que me propuse, dejo al lector interesado esa tarea.

Lo que definitivamente sí es fundamental es el hecho de que los arielistas peruanos son objetos de nuevos acercamientos interpretativos más allá de cualquier adscripción ideológica de los analistas, y una muestra de ello es precisamente el texto de Portocarrero. En el fondo, de lo que se trata es de recuperar a los arielistas como pensadores “clásicos” de nuestro país, tema sobre el cual volveré más adelante.

## PENSAMIENTO POLÍTICO Y LOS PERUANOS

Portocarrero considera que no he dado una respuesta satisfactoria al problema de cuándo se funda el pensamiento político nacional cuando afirma: “Sólo lo ha dejado en un genérico decir que el pensamiento político peruano actual, en el necesario repensarse, no puede prescindir del aporte de los arielistas” (p. 187). Señala además que mi estudio se ubica en un “limbo” y que sólo tiene referencias breves y esquemáticas al pasado. Comentaré rápidamente estas críticas.

Si en mi texto no aparece con claridad por qué considero que con los arielistas se funda el pensamiento político peruano, trataré de hacerlo a continuación: en primer lugar, por una razón que el mismo Portocarrero subraya comentando mi texto: el carácter expresamente grupal con el que reflexionaron los intelectuales arielistas. Si es cierto que dos antecedentes se ubican en los *Aman-tes del país* y en los intelectuales agrupados en *La revista de Lima*, con los arielistas toma una consistencia definitiva la preocupación sobre el Perú, tanto en el plano político (qué hacer con el Estado y

OSMAR GONZALES

el gobierno) como en el cultural (quiénes eran los que debían ser considerados peruanos). En segundo lugar, por la pretensión totalizadora que emprendieron sus estudios acerca del Perú, pues no hubo resquicio que dejaran sin interrogar, sin tratar de comprender, desde la política fiscal hasta la historia, desde la geografía hasta el elemento humano. Y, en tercer lugar, derivado de lo anterior, nunca como en los arielistas fue tan explícita la pregunta sistemática acerca de quién era el peruano y cuáles sus características.

En efecto, desde sus trabajos pioneros, el elemento humano es incorporado en las reflexiones de los pensadores peruanos. En general, el pensamiento social y político busca —o debe hacerlo, al menos— su fundamento en lo que algunos llaman “la naturaleza humana” o, para decirlo menos pomposamente, en una cierta visión sobre el hombre. Como dice GDH Cole, el verdadero pensamiento político y social se sustenta en una idea sobre el ser humano. Esta convicción es la que traté de desarrollar en la sección “Los defectos de la psicología nacional”.

Insisto en que el énfasis de los arielistas por “descubrir” los elementos definatorios del ser peruano es lo que me permitió ubicar la fundación del pensamiento político peruano en sus reflexiones; preocupación ausente o poco desarrollada en los autores y grupos intelectuales que los antecedieron. Dicho lo anterior, debo hacer una aclaración para evitar malos entendidos: cuando hablo de una fundación del pensamiento político peruano y la ubico en los arielistas no estoy desconociendo la historia previa, por el contrario, los arielistas no hubieran existido sin la herencia de los intelectuales que los precedieron.

Éste es un tema que de por sí ya amerita una investigación exclusiva: ¿cómo evolucionó la reflexión sobre la constitución del Estado peruano?, ¿cómo lo hizo respecto al tema de la “identidad nacional”, si es que existe?, ¿qué temas han permanecido en las preocupaciones de los intelectuales peruanos más allá de filiaciones ideológicas y políticas, es decir, cuál es la agenda de los problemas nacionales? Además de muchos otros aspectos, como la reflexión sobre los vínculos entre el territorio y los grupos humanos, o el del desarrollo en un contexto de dependencia, por ejemplo.

ALGO MÁS SOBRE EL ARIELISMO PERUANO

LO NACIONAL Y LO PERUANO

Esta elaboración de una agenda de problemas nacionales sobre los cuales habría que reflexionar o discutir, y en la que los arielistas fueron decisivos, a mi manera de ver, me lleva a la convicción de que el pensamiento político de estos intelectuales fue verdaderamente peruano y nacional. Si he de ser sincero, debo decir que no entiendo la diferenciación que pretende establecer Portocarrero cuando señala que no es lo mismo peruano que nacional. Él sostiene que el hecho de que se sea peruano no significa que se sea nacional, pues hablar de lo nacional implica tener como “referente, parámetro o centro un espacio y un territorio al que llamamos Perú” (p. 189). No me convence mi buen amigo. Que me disculpe, pero creo que la distinción que pretendió establecer fue entre pensamiento peruano y pensamiento sobre el Perú, el cual puede producirse tanto dentro como fuera del país y tanto por peruanos como por extranjeros (peruanistas).

A mi modo de ver, hablar del pensamiento peruano implica una identificación precisamente con un espacio y una historia singularizada como “peruana”, y esa identificación es lo que vuelve “nacional” a ese pensamiento. Es más, trata de entender y resolver problemas peculiares, peruanos. En ese sentido, el pensamiento de los arielistas fue plenamente peruano y nacional, más allá de los estereotipos que cayeron sobre ellos por acción de sus adversarios ideológicos y políticos.

En partes de mi libro he tratado de retratar la preocupación de los arielistas sobre el llamado tema indígena<sup>4</sup>, el asunto del régimen político, el de la educación, el de la literatura nacional (con todas las polémicas que se suscitaron a su alrededor, e incluso entre los propios arielistas —como también lo recuerda Portocarrero—), la lectura de la historia y de la tradición, entre otros. Y, repito, todos estos asedios a los grandes problemas nacio-

<sup>4</sup> Por ello es que considero tan injusta como desacertada la crítica que me hace Guillermo Reaño V. cuando afirma que no tomo en cuenta —o deformato— las ideas de los arielistas sobre el contingente indígena. Ver “El indigenismo de los novecientistas”, *El Sol*, 7 de febrero de 1997, Lima.

OSMAR GONZALES

nales se dieron en forma colectiva. Esta conciencia grupal fue alimentada por las lecturas comunes, los intereses compartidos, la comunicación permanente cuando algunos de ellos estaban fuera del Perú, como los García Calderón (Francisco y Ventura), entre otras razones y circunstancias.

¿VETO O PROCESO HISTÓRICO?

Por otra parte, estoy completamente de acuerdo con Portocarrero cuando señala que el fracaso político de los arielistas ocurrió en 1919, es decir, con el ingreso de Leguía y la aparición de los centenaristas, tomando en cuenta tanto su aspecto intelectual cristalizado en nuevas interpretaciones sobre el Perú (y esto más allá de opciones ideológicas), como su lado político, con las formas inéditas de organización de los trabajadores que alentaron y las fuerzas políticas que construyeron, tan conocidas que me eximen de abordarlas en estas breves páginas.

Portocarrero señala que hago dos afirmaciones en cierto sentido contradictorias cuando trato de explicar la poca trascendencia e impacto del pensamiento arielista en nuestros debates, digamos, contemporáneos.

Por un lado, señalo —siempre según Portocarrero— que los arielistas fueron bloqueados por razones culturales, políticas y sociales y, por otro, que su fracaso se debió a la ausencia de un sujeto social que realizara su proyecto intelectual. En el centro del problema está la discusión si sobre los arielistas hubo o no un veto. Portocarrero parece decir que en un momento señalo que sí lo hubo y en otro que no. En el *Post-scriptum* con el que cierro mi libro me explayo para sostener que no se puede hablar de veto, entendiendo éste como una actitud consciente dirigida a callar la voz de, en este caso, los arielistas. Afirmo que no existió tal actitud y sostengo, por el contrario, que gran parte del “ninguneo” de los arielistas en nuestros debates contemporáneos se debió a la combinación de dos factores: 1) el surgimiento de una generación tan poderosa intelectual y políticamente —la del Centenario— que los opacó, al ser capaz de corresponderse con los nuevos procesos en curso (como cierta modernización y la aparición de las clases po-

ALGO MÁS SOBRE EL ARIELISMO PERUANO

pulares en la vida social y política peruana), y 2) la existencia de discípulos que sólo buscaron cuidar la imagen de los arielistas desencantados, conservadores o reaccionarios, y ultramontanos en materia religiosa, porque aquéllos suponían —equivocadamente, a mi entender— que develar los escritos juveniles de los arielistas era dar armas al enemigo. Estos hechos contribuyeron a la no formación de un campo intelectual “nacional” en el cual los pensadores de diferentes tendencias ideológicas y políticas alimentaran un espacio común de debate y discusión teórica. Además, hay que precisar que los miembros del Centenario jamás silenciaron a sus maestros arielistas, por el contrario, en los debates que suscitaron se puede notar una constante referencia a ellos.

Por estas razones es que no entiendo por qué Portocarrero dedica tantas páginas a sostener una diferencia inexistente entre su posición y la mía, cuando, por el contrario, nuestra coincidencia es casi total. En este momento quizás sea conveniente señalar, sobre lo que estoy sosteniendo, algo que está presente a lo largo de mi libro, aunque no de manera explícita. Los blancos de mi crítica son tanto los profesores universitarios como los investigadores “progresistas”, socialistas o marxistas (la nomenclatura no sirve ahora), quienes soslayaron olímpicamente el aporte de los intelectuales arielistas y optaron por una de las siguientes dos vías, o ambas a la vez: pegar un salto hacia atrás, es decir, hasta González Prada, o iniciar sus análisis con la generación del Centenario, especialmente con Mariátegui y Haya. La razón era bastante obvia: ubicar los orígenes del llamado pensamiento radical y legitimarlo socialmente requería la exclusión de autores que no se ajustaban a este propósito.

Lo mencionado no deja de ser curioso y hasta paradójico, pues el pensamiento radical pretendía ser el pensamiento nacional, pero lo hacía sobre la base de la exclusión (de los arielistas, justamente).

Portocarrero ha señalado bien la influencia que tuvieron los arielistas en el pensamiento oficial, al contrario de lo que ocurrió con Mariátegui (y habría que agregar a Haya, ¿por qué no?), quien fue desalojado por las élites anteriores a de Velasco de toda posibilidad de ser integrante legítimo de la cultura nacional. Aunque tam-

OSMAR GONZALES

bién habría que investigar el papel que jugaron sus descendientes ideológicos (Ravines y otros encaramados en la dirección del Partido Comunista), quienes convirtieron a Mariátegui en una figura de secta. Lo mismo ocurrió con los arielistas, pero a la inversa. Nuevamente estamos ante nuestra incapacidad de pensar el Perú en su conjunto y de reconocer la existencia —ya— de una serie de “bienes culturales” que no son patrimonio de un grupo o clase social; por ello es que en mi libro sobre los arielistas —igual que ahora— reivindico la calidad de clásicos<sup>5</sup> de los pensadores mencionados, entre muchos otros, por supuesto. No se trata de volver la mirada hacia ellos para encontrar respuestas al momento presente, pero sí para tomarlos como fuente de inspiración en el propósito de ubicar nuestra memoria histórica y tratar de comprender la contemporaneidad peruana.

EL CAMPO CULTURAL

Esta manera de reinterpretar nuestro acervo intelectual permitirá constituir lo que Pierre Bourdieu llama “campo cultural”: “A medida que los campos de la actividad humana se diferenciaban, un orden propiamente intelectual, dominado por un tipo particular de legitimidad, se definía por oposición al poder económico, al poder político y al poder religioso, es decir, a todas las instancias que podían pretender legislar en materia de cultura en nombre del poder o de una autoridad que no fuera propiamente intelectual”<sup>6</sup>.

Sólo así estaremos en condiciones de apropiarnos de lo que es nuestro en materia de pensamiento propiamente dicho. Eviden-

<sup>5</sup> Jeffrey Alexander señala que “los clásicos son productos de la investigación a los que se les concede un rango privilegiado frente a las investigaciones contemporáneas del mismo campo. El concepto de rango privilegiado significa que los científicos contemporáneos dedicados a esa disciplina creen que, entendiendo dichas obras anteriores, pueden aprender de su campo de investigación tanto como pueden aprender de la obra de sus propios contemporáneos” (“La centralidad de los clásicos”, en Anthony Giddens, Jonathan Turner y otros, *La teoría social hoy*, Conaculta-Alianza Editorial, México, 1991, p. 23).

<sup>6</sup> Pierre Bourdieu, “Campo intelectual y campo creador”, en P. Bourdieu y otros, *Problemas del estructuralismo*, Siglo XXI, México, 1967, p. 136.

ALGO MÁS SOBRE EL ARIELISMO PERUANO

temente que esta diferenciación de campos es producto de la modernización de la sociedad. Visto desde este mirador, la escasa diferenciación que existe en nuestro país entre lo cultural y lo político nos habla mucho de nuestra poco desarrollada —en términos modernos— organización social. Esta porosidad de las fronteras que deben diferenciar los campos cultural y político explica, a mi entender, la rapidez del tránsito de los intelectuales hacia el terreno de la política.

En otro lugar he tratado de sostener mi punto de vista con algo más de detalle<sup>7</sup>. Resumiendo, sólo diré aquí que la ausencia de un lenguaje común que transmita conocimientos y experiencias, así como una visión del mundo, el uso de un bien cultural —como el idioma— para el provecho de cierta élite ilustrada en el poder que se distancia de sus potenciales lectores (que, al final de cuentas, serían sus legitimadores), y la ausencia de un campo cultural propiamente dicho explican, en su conjunto, la yuxtaposición de lo cultural y lo político, que no es síntoma de una agradable convivencia —como parece suponer Portocarrero—, sino —como ya mencioné— evidencia de una malformación de nuestra sociedad.

PARA TERMINAR

He tratado — a propósito del artículo de Portocarrero— de hacer explícitas algunas de las ideas que sostienen la argumentación que presenté en *Sanchos fracasados*, así como formular algunas consideraciones en perspectiva de los intelectuales en nuestro país. Más allá de cualquier diferencia de opinión sobre los arielistas en particular y el papel de los intelectuales en general en la sociedad peruana, resulta estimulante el debate y la discusión respecto a estos temas. Seguramente ni los argumentos de Portocarrero ni los míos han sido suficientes y exhaustivos, pero estoy seguro de que ambos deseamos que nuevas voces se incorporen a un debate necesario, más que para rebatir tal o cual posición, para buscar enriquecer nuestra autorreflexión como sociedad.

<sup>7</sup> Ver mi artículo “Acerca de intelectuales y política en el Perú”, en *Allpanchis Phuturinga*, año xxix, n. 49, 1997.